

## ESTRUCTURA DEL EJÉRCITO ROMANO EN EL SIGLO IV

En la época que ahora tratamos, el siglo IV, las legiones romanas y las unidades auxiliares habían sufrido cambios sustanciales con respecto a sus predecesoras en el Principado y los últimos tiempos de la República, y el traumático e intenso periodo de la Anarquía Militar dio como resultado una transformación, causada a la vez por las necesidades tácticas y por las consecuencias de los estragos ocasionados en esta etapa, que desembocaron en un ejército romano muy afectado por varios cambios, tanto operativos como estructurales, y con una morfología diferente en la que algunos de los aspectos tradicionales desaparecieron para siempre<sup>842</sup>.

Uno de los factores más novedosos y llamativos de las nuevas unidades militares romanas fue la progresiva aparición de cuerpos de especialistas<sup>843</sup> y de regimientos formados casi exclusivamente por tropas bárbaras (especialmente germánicas, pero también de gentes nómadas del desierto africano y de pueblos procedentes de más allá del Danubio y el Cáucaso como los sármatas, armenios, íberos y alanos)<sup>844</sup>, que se dispusieron, según las necesidades y las propias características de cada grupo de tropas, en los diferentes cuerpos de defensa fronterizos o en los

<sup>842</sup> P. SOUTHERN & K. DIXON, *op. cit.*, pp. 4-20; H. M. D. PARKER, "The Legions of Diocletian and Constantine". *The Journal of Roman Studies* 43 (1933), pp. 175-188.

<sup>843</sup> Tales como los *Ballistarii* (NOTITIA DIGNITATUM, Or. VII y VIII) y los *Mattiaci*, *Lanciarrii*, y *Sagittarii* (NOTITIA DIGNITATUM, Occ. V). Todos ellos recibían su nombre del tipo de arma que utilizaban en combate. Cf. A. D. LEE, en A. CAMERON, p. Garnsey (eds.), *The Cambridge...op. cit.* p. 214.

<sup>844</sup> Cf. M. P. SPEIDEL, "The rise of ethnic units in the Roman imperial army". *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt* II-3 (1975), pp. 202-231. Ejemplos claros son los famosos belgas *Menapii* y los *Sequani*, que llevan el nombre de valerosos pueblos del norte, enemigos de Roma en los tiempos de Julio César (Cf. NOTITIA DIGNITATUM Occ. V; JULIO CÉSAR, *Comentarios a la Guerra de las Galias* II 4, 9 y I 2, 3 -respectivamente-). Estas tropas conservaron numerosos elementos relativos al culto pagano como parte de su identidad militar y racial.

ejércitos regionales o de campaña que acompañaban al emperador<sup>845</sup>. Pero sin duda, el dato más sorprendente que se puede observar en el ejército romano después del restablecimiento de la seguridad en 284 y de las reformas de la Tetrarquía, es la disminución notable del número de efectivos integrantes en cada unidad militar, en un tiempo en el que, pese al aumento del número de legiones, que se vieron multiplicadas por dos en el reinado de Diocleciano, pasando de 33 a 66, cada una de estas formaciones va a tener un potencial humano reducido de modo drástico, incluso a más de la mitad de sus anteriores efectivos<sup>846</sup>. De haber mantenido las antiguas estructuras, formar 33 nuevas legiones hubiese significado la necesidad de conseguir y adiestrar al mismo tiempo a 165.000 nuevos reclutas, algo materialmente imposible a pesar de los colosales esfuerzos de logística y organización que todavía era capaz de realizar el Imperio Romano<sup>847</sup>. Los cánones clásicos que nos detallaban la composición de las legiones antiguas ofrecían datos que situaban a cada una de ellas en una fuerza de 5.500 a 6000 hombres<sup>848</sup>, mientras ahora, según nuestros nuevos datos, el

---

<sup>845</sup> Sin entrar en la valoración de la masiva presencia de tropas bárbaras en el ejército romano, planteamos las dos corrientes principales de pensamiento que se han pronunciado categóricamente al respecto: mientras por un lado (como en el caso de A. H. M. Jones) se ha valorado la nueva situación como positiva, redundando en una mayor efectividad del ejército romano después de la incorporación de nuevos elementos, otra corriente diametralmente opuesta (defendida entre otros por A. Ferrill y R. S. Cromwell) ha visto en la presencia de auxiliares germánicos la causa principal del hundimiento cualitativo del ejército romano e incluso el principio del fin de la caída de Occidente. S. ANGLIM, P. G. JESTICE, R. S. RICE, S. M. RUSCH y J. SERRATI, *op. cit.*, p. 72, han achacado el declive de la eficacia del ejército romano a la susodicha expansión numérica del mismo, y culpan el servicio militar obligatorio impuesto por Diocleciano como causante de la barbarización de la milicia.

<sup>846</sup> R. S. CROMWELL (*op. cit.*, p. 5) reduce el número de legiones creadas por Diocleciano a 25, esto es, un total de 58. J. RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, *Historia de las Legiones...* (vol. II). Madrid 2003, p. 454, sitúa una cifra de 56 unidades de este tipo en dicho reinado. Contrariamente a lo que afirman S. ANGLIM, P. G. JESTICE, R. S. RICE, S. M. RUSCH y J. SERRATI, *op. cit.*, p. 68, Diocleciano no aumentó la fuerza global del ejército de 250.000 a 500.000 hombres, proeza hartamente imposible; Cf. la n. 841. Una cosa es doblar el número de unidades y otra muy diferente los efectivos de éstas. Por ello, no parece que fuese Constantino el creador de las nuevas legiones “reducidas”, o al menos no ideó tal reforma, y sólo se limitó a aplicar un uso de la Tetrarquía.

<sup>847</sup> T. COELLO, *op. cit.*, p. 15.

<sup>848</sup> Los autores de épocas más antiguas ofrecen valoraciones que esencialmente son semejantes; TITO LIVIO (*Ab Urbe Condita* VIII 8), refiriéndose al año 340 a. C., habla de una legión de 5000 infantes y 300 soldados de caballería. POLIBIO (*Historias* VI 20) habla para su mismo tiempo de un número de legionarios que podía variar entre 4200 y 5500, pero coincide en los 300 efectivos de la caballería. JUAN LIDO (*Sobre los Poderes* I 46), ya en la Antigüedad Tardía -mitad del siglo VI-, da unas cifras para el año 388 a. C. de 6000 soldados por legión (coincidiendo aproximadamente con VEGECIO II 2). HIGYNIUS, *De Metatione Castrorum* 1, 1, ofrece un dato revelador, el de las centurias de 80 hombres.

tamaño oscilará entre los 1.000 y los 2000 hombres, casi siempre entorno a los 1.200-1.500, y jamás sobrepasando la cifra más alta<sup>849</sup>. Las legiones nacientes, la mayor parte de las veces separadas o desgajadas en forma de destacamentos de otras unidades ya existentes, podían recibir un nombre de los usados tradicionalmente por las fuerzas romanas, pero más a menudo desde este momento contarán con nombres numéricos que evoquen su unidad primigenia o sustantivos topográficos que recuerden su lugar de origen<sup>850</sup>. Los apelativos referentes a los dioses, que muchas veces representaban la deidad que apatronaba a la legión o a la que sus soldados eran adictos, se reprodujeron ahora, y posteriormente no fueron eliminados por los emperadores cristianos ni aún en el siglo V<sup>851</sup>.

Cabe preguntarse, ante tan significativo cambio, el por qué o *por qué* que puedan explicar de modo plausible la nueva situación. En primer lugar, habría que sopesar el estado global de las fuerzas romanas al finalizar el sangriento período de guerras civiles que atravesó cincuenta años casi ininterrumpidamente; el estado de las tropas, tanto de campaña como de guarnición, debería ser francamente ruinoso<sup>852</sup>. Tanto el material militar como los diferentes fuertes y defensas necesitarían del mismo modo atención urgente. Un profundo proceso de reorganización y saneamiento

---

Según ello, seis centurias de ochenta soldados llevarían a diez cohortes de 480 hombres y una legión de 4800, pero desde el Principado la primera cohorte está formada de manera especial y consta de cinco centurias, no seis, pero que llevan el doble de efectivos (160 hombres). Esto hace un total de 5120 hombres, si se cuenta con los 120 jinetes legionarios, o de 5240, si es que éstos no han sido incluidos (algo poco verosímil). Esta última obra ha sido datada por diversos estudiosos en fechas que van del c. 250 al siglo IV, y también se ha conjeturado que fuese escrita en los reinados de Domiciano, Trajano o Marco Aurelio.

<sup>849</sup> T. COELLO, *op. cit.*, pp. 24, 25, 27 y 29. J. RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, *Historia...op. cit.*, p. 451, estima 3000 hombres para las legiones de *limitanei*, y entre 800 y 1200 hombres para las legiones *comitatenses*. Véase también A. D. LEE, en A. CAMERON, P. GARNSEY (eds.), *The Cambridge...op. cit.*, p. 214.

<sup>850</sup> T. COELLO, *op. cit.*, p. 15.

<sup>851</sup> Cf. H. VON PETRIKOVITS, *art. Cit.*, p. 183, en el que menciona que Constantino pudo cambiar el nombre pagano de una de sus legiones tras 312 por el de *Constantiniana Victrix*; pero lo cierto es que a las unidades republicanas o alto-imperiales de nombre pagano se le unieron las legiones creadas en la Tetrarquía, y jamás sus dedicaciones a los dioses fueron alteradas, aunque fuese por puro y simple *sprit de corps*. Véase la n. 837 a éste capítulo.

<sup>852</sup> R. S. CROMWELL, *op. cit.*, p. 1.

iba a ser inevitable, entendiéndose por tal la reposición de las bajas sufridas en los combates, el reclutamiento y entrenamiento de los nuevos soldados, la recuperación de las líneas defensivas y la seguridad en caminos y puertos; en todo ello, el número de tropas que se integrase en cada nueva unidad iba a resultar realmente importante y significativo<sup>853</sup>. Después, habría que comprobar hasta que punto el caudal humano global del Imperio se había resentido después de tan convulso e inseguro periodo<sup>854</sup>, y si era de algún modo posible recuperar con nuevas hornadas de reclutas y profesionales las pérdidas en el ejército, principalmente, pero también, en menor medida en los esclavos, los campesinos y los obreros urbanos, que eran vitales -especialmente los dos primeros- para que la maquinaria económica imperial se pusiese en marcha de nuevo y funcionase satisfactoriamente<sup>855</sup>. Y por último, sería conveniente cerciorarse de que los supuestos cambios resultaron generales en su aplicación, o si bien cada área del gigantesco estado romano evolucionó y resolvió sus propios problemas, curando las heridas causadas por tan hondos estragos de la manera que pudo, si no de modo ajeno al poder central, sí aprovechando su situación particular en cada caso y acudiendo a las soluciones peculiares que cada región o provincia podía ofrecer en sí<sup>856</sup>. Al igual que la Anarquía Militar no se vivió de manera similar en Siria que en Britania, en Egipto que en la Galia, asimismo cada parte del Imperio, siguiendo las pautas globales de

---

<sup>853</sup> En los años 259 y 260 comenzó el movimiento de destacamentos o cohortes saliendo de las legiones para tratar de proteger el mayor número posible de ciudades y enclaves estratégicos en un clima de alarma general y descomposición interna; desde los tiempos de Marco Aurelio no se producían traslados de legiones enteras, y no se volverán a dar ya (Cf. T. COELLO, *op. cit.*, p. 13). Quizá la proliferación de pequeños grupos de tropas para intentar cubrir el mayor número posible de puntos para evitar la marea bárbara que se introducía por doquier, fue otra razón más, esta indirecta, por la que desde entonces las unidades militares redujeron su tamaño.

<sup>854</sup> Cf. A. E. R. BOAK, *Manpower Shortage and the Fall of the Roman Empire in the West*. Connecticut 1955. Tenemos también las indicaciones de dos autores del siglo VI, que nos hablan del tamaño del ejército romano en nuestra época; AGATÍAS (V 13, 7) ofrece una cifra de 645.000 soldados, mientras que JUAN LIDO (*Sobre los Meses I 27*) nos da un número que parece más realista y además bastante preciso, 389.704 soldados.

<sup>855</sup> Cf. P. GARNSEY, R. SALLER, *El Imperio Romano. Economía, Sociedad y Cultura*. Barcelona 1990, p. 57 ss.

<sup>856</sup> T. COELLO, *op. cit.*, p. 28.

los Augustos y Césares Tetrárquicos, se recuperó y normalizó según su propia idiosincrasia bajo las directivas de una renovada burocracia. Del mismo modo, pensamos, tuvieron que resolverse y disponerse los aspectos defensivos en cada lugar, en el marco del nuevo esquema institucional, más meticuloso y a la vez muy militarizado.

En la mayoría de los casos, se puede suponer que las autoridades tanto civiles como militares de Oriente y de Occidente actuaron de una manera competente y realista, tratando de encontrar soluciones aplicables, lejos de los esquemas teóricos obsoletos y la negligencia. Por ello, a la hora de formar un nuevo ejército con profesionales adecuados y hombres capaces de servir de manera razonablemente provechosa en sus puestos, la primera premisa a la que se tuvo que rendir cuenta, tuvo que tratarse de comprobar los recursos, especialmente humanos, que se encontraban disponibles. Esta idea puede reforzarse en parte por los propios datos de la Roma Tardía<sup>857</sup>, una época pragmática en la que la fuerza de los acontecimientos y el turbulento presente fueron acabando con los viejos rasgos de la Antigüedad Clásica, en todos los campos, hasta que la mera pervivencia de alguno de ellos fue meramente simbólica o testimonial<sup>858</sup>. Las menguadas posibilidades productivas y el desorden económico a nivel general pudieron influir a la hora de plantearse la morfología de las nuevas legiones.

Otro buen motivo para reducir el tamaño de las unidades en esta época de urgencias, se puede hallar en la dificultad de entrenar y preparar grandes masas de combatientes, especialmente cuando el tiempo escaseaba,

---

<sup>857</sup> MAURICIO (XII B 8) propone que el tamaño de las unidades militares se base en el recurso humano disponible en cada provincia, más que en un patrón global para las formaciones a cumplimentar en todo el territorio del Imperio.

<sup>858</sup> No obstante, algunas unidades militares, como ciertas cohortes de la *Legio III Cirenaica*, pudieron incluso pervivir hasta la invasión árabe de 636. Cf. T. COELLO, *op. cit.*, p. 46.

incluso a veces de manera dramática, y los malos hábitos como la corrupción y la indisciplina se habían cebado en alguna de las ramas del ejército, especialmente en Oriente; al parecer quedó muy afectada la efectividad y capacidad combativa de la infantería<sup>859</sup>. Así, poco antes del desastre de Adrianópolis de 378, el general al que se entregó el mando del ejército, Sebastián, que había llegado recientemente del Imperio de Occidente<sup>860</sup>, eligió una tropa muy pequeña para iniciar los adiestramientos, algo que sorprendió bastante al emperador; utilizó un cuerpo de 2000 hombres, después de destacar 300 soldados de cada unidad, seguramente los que le parecieron más aptos o fiables<sup>861</sup>. Se trata de un número sorprendentemente similar al de la “legión nueva” de la Tetrarquía. El propio Sebastián, en un valioso testimonio muy esclarecedor y de gran ayuda para la valoración táctica de la situación militar de ese momento, explicaría el por qué de su decisión y sus razones<sup>862</sup>. Pero de manera bastante sorprendente, en una fecha muy cercana a la anterior, encontramos una noticia, por otra parte, en la que se nos informa de la existencia de dos legiones en el Ilírico, formadas por 6.000 hombres cada una, aunque reclutadas en la Tetrarquía<sup>863</sup>. Esto se ha interpretado a veces como la

---

<sup>859</sup> R. S. CROMWELL, *op. cit.*, p. 24. En cambio SINESIO DE CIRENE, *Sobre la Realeza* 12b-14b, parece tener una buena opinión acerca de las tropas del Imperio de Oriente, en contra de un sector de la investigación actual y de sus mismos contemporáneos paganos, que como ya hemos visto, añoraban los tiempos de Diocleciano y Galerio.

<sup>860</sup> AMIANO MARCELINO XXXI 11, 1. Valente lo había requerido personalmente para comandar sus tropas, así que este personaje viajó desde Italia a Constantinopla.

<sup>861</sup> Durante las campañas en Tracia en 377. Cf. AMIANO MARCELINO XXXI 11, 2.

<sup>862</sup> En EUNAPIO VIII fr. 44, 4 (BLOCKLEY): “*porque muchos [nuevos soldados] seguirán a los que obtengan éxito. Pero es una tarea dura retirar a un gran número [de tropas] de los malos hábitos. Si en primer lugar unos pocos son reconvertidos a la buena disciplina y su entrenamiento acarrea triunfos, aquellos que gradualmente se los unan serán fácilmente mejorados*”. Cf. también ZÓSIMO IV 23, 2-3, P. SOUTHERN & K. DIXON, *op. cit.*, p. 170; T. COELLO, *op. cit.*, p. 27. La misma valoración del adiestramiento en VEGECIO I 1 y 28; II 23-24. Cf. también la aseveración de VEGECIO (III 10): “*Ahora bien, es más fácil inculcar valor a los soldados nuevos que reavivarlo en los que lo han perdido*”.

<sup>863</sup> Cf. VEGECIO I 16, donde se nos informa de la existencia dos legiones ilirias, cuyos soldados eran maestros sin parangón en blandir las armas arrojadas denominadas como “martiobárbulos”, por lo que fueron honradas por los Augustos (alrededor de 288) con los títulos de *Herculia* y *Jovia*. Es inevitable plantearse la cuestión de hasta qué punto ambas formaciones pudiesen estar en relación directa o indirecta con los posteriores *Ioviani* y *Herculiani* del siglo IV (Cf. NOTITIA DIGNITATUM, *Occ. V, Or. V*). Tras las ulteriores divisiones del ejército, podríamos considerar que en los reinados de Valentiniano y Valente

posibilidad de que existiesen diferentes patrones legionarios que creasen unidades militares de muy diferentes cantidades de hombres, teniendo en cuenta que el término legión había cesado de tener el significado literal y concreto de otras épocas y que ahora podía referirse sencillamente a una agrupación militar de infantería (presumiblemente pesada) dentro del ejército romano, fue cual fuese su esquema y composición<sup>864</sup>. De cualquier modo, es conocido el gran arraigo que la profesión militar experimentaba en tierras ilirias y panonias desde antiguo, y ya a principios del siglo III de esas regiones llegaban incontestablemente los mejores soldados que nutrían los ejércitos del Imperio, quizá con la salvedad de las tropas galas y britanas, que podían comparárseles en todos los sentidos<sup>865</sup>. Por lo tanto, en una tierra que formaba buenos guerreros con profusión tal y como era el Ilírico, no nos puede sorprender que existiesen todavía legiones integradas por 6.000 soldados, pues parece posible que incluso en esas provincias se mantuviesen en vigencia las antiguas formaciones. Igualmente, la mayor parte de los gobernantes de Roma desde hacía cien años habían llegado, asimismo, procedentes de allí<sup>866</sup>.

---

habría cuatro legiones palatinas resultantes de dichas formaciones –*Herculiani seniores, Herculiani iuniores, Ioviani seniores, Ioviani iuniores*– de 3000 hombres cada una (los 12.000 originales de Diocleciano y Maximiano divididos entre cuatro unidades en ca. 365). De ser cierta dicha identificación, habría que plantearse muy seriamente la posibilidad de que los *Martenses* y *Solenses* fuesen, del mismo modo, legiones formadas por 6000 hombres (serían unidades homónimas de Galerio y Constancio I, seguramente la primera iliria y la segunda gala). Las susodichas jabalinas cargadas de plomo resultaban letales si se usaban con destreza. En el ANNONYMUS DE REBUS BELLICIS (X y XI) se ofrecen nuevos modelos, ciertamente curiosos, de estas armas, con el deseo de mejorar la potencia ofensiva a distancia de las legiones. También habría que considerar la posibilidad de que el número inicial de soldados en esas legiones hubiese ido descendiendo a lo largo del siglo IV. Cf. J. BARLOW & P. BRENNAN, *art. cit.*

<sup>864</sup> T. COELLO, *op. cit.*, pp. 28 y 60, donde se ofrece la posibilidad de la existencia de “two different legionary establishments”. Cf. también W. TREADGOLD, *Byzantium and its Army 284-1081*. Stamford 1995.

<sup>865</sup> Para la valía de los ilirios en la guerra, su resistencia al clima y las penalidades y su eficacia en los trabajos físicos, Cf. HERDODIANO II 9,11; II 10, 5; III 6,6, y el propio JULIANO, *Misopogon* 348d. Una descripción asimismo de la tenacidad de las valientes legiones galas y britanas en HERDODIANO II 7, 2 y AMIANO MARCELINO XV 12, 3.

<sup>866</sup> Podemos citar sucintamente a Decio, Aureliano, Claudio II, Quintilo, Probo, los Caros y también la práctica totalidad de los Tetrarcas: Diocleciano, Maximiano Hércules, Majencio, Maximino Daya (o Daza), Severo II, Constancio Cloro y el mismo Constantino I. A propósito de ello, véase el elocuente pasaje del africano AURELIO VÍCTOR (39, 26): “*Todos eran originarios del Ilírico, y aunque poco*

También se ha alegado las crecientes dificultades logísticas que encontraría un Imperio cada vez más debilitado económicamente para abastecer y pertrechar a las grandes formaciones de infantería legionaria de los tiempos dorados, máxime cuando tras la Anarquía Militar una gran parte de las zonas fronterizas desde la boca del Rin hasta los *Agri Decumates* se hallarían arrasadas y abandonadas por sus pobladores, en un estado que hacía su recuperación para la vida agrícola normal muy difícil o prácticamente imposible, convirtiéndose a la larga la mayoría de ellas en eriales, yermos y landas sin cultivar que ofrecían poco o ningún provecho a posibles moradores, tierras eventualmente incapaces de producir lo mínimo indispensable para la manutención de un destacamento militar, aunque este fuese de pequeño o mediano tamaño. Recuérdese que esa era exactamente la situación del *limes* renano cuando el César Juliano llegó a la diócesis de las Galias; el estado de los campos era penoso, los cultivos y cosechas estaban desatendidas, el ganado no podía llevarse a los pastos, y el ejército galo tenía que ser abastecido desde Aquitania, en una caravana terrestre de suministros sin lugar a dudas tremendamente costosa<sup>867</sup>. Por todo ello, no sería descabellado pensar en una reducción del tamaño de las legiones con vistas a poder mantenerlas más asequiblemente en plenitud de fuerzas y operatividad militar<sup>868</sup>.

A nadie escapa el hecho de que el ejército romano, en todos los tiempos, fue empleado en otras muchas funciones fuera de los campos de batalla; su capacidad de ingeniería y construcción, por ejemplo, está fuera

---

*cultos, sin embargo educados por las dificultades del campo y el ejército, fueron muy buenos gobernantes”.*

<sup>867</sup> Véase el capítulo “Campanías en el Rin”, con especial atención al año 358 para un tratamiento de este problema.

<sup>868</sup> A. D. LEE, en A. CAMERON, P. GARNSEY (eds.), *The Cambridge...op. cit.*, p. 215.



de toda duda<sup>869</sup>. Del mismo modo, en tiempos de paz y en las provincias interiores, las legiones, a veces, pero más a menudo las tropas auxiliares o la infantería ligera locales, fueron utilizadas como una auténtica fuerza de policía, que mantenía el orden en el campo y las vías romanas a lo largo del Imperio. La creciente inseguridad llevó a una necesidad grandemente incrementada de destinar tropas a esta función policial; la gran dispersión del ejército y la existencia de unidades cada vez menores pueden ser así algunas de las consecuencias de la fragmentación de las fuerzas romanas<sup>870</sup>.

Indiscutiblemente, también hay que relacionar este fenómeno con la tan manida reorganización de las fuerzas militares romanas que se vino realizando desde Galieno hasta Constantino I; las legiones y el grueso del ejército dejaron de estar estacionadas permanentemente en las fronteras para en su lugar crear unos ejércitos de campaña distribuidos por diversos centros neurálgicos del Imperio, diferentes por su importancia pero unidos por su idéntica función de servir de reservas móviles, cuyo pretendido fin era aumentar la eficacia de la defensa imperial. Tal disposición iba a requerir, sin lugar a dudas, una cantidad muy importante de soldados para funcionar correctamente, y quizá este factor pesó también a la hora de crear unidades de combate cada vez más reducidas, de entre 500 y 1000 hombres en la mayor parte de los casos. Como es bien sabido, ese objetivo no se consiguió, y esencialmente el nuevo sistema terminó significando el declive y después la desaparición de la capacidad efectiva de combate y resistencia de Occidente<sup>871</sup>.

---

<sup>869</sup> Y. LEBOHEC, *El Ejército Romano*. Barcelona 2004, p. 20.

<sup>870</sup> T. COELLO, *op. cit.*, p. 64, n. 39. En este mismo sentido, G. A. CRUMP (*op. cit.*, p. 61) afirmará: “*Since the invaders often roamed widely through imperial territory in relatively small bands, the emperors found it difficult to suppress the plunderers with massed field armies. They thus resorted to the more appropriate strategy of dividing their troops into corps of a few thousand men; these detachments then conducted large-scale policing actions designed to catch and to destroy the foe wherever he could be found*”. Tales procedimientos fueron especialmente frecuentes en Galia y Britania.

<sup>871</sup> Cf. G. A. CRUMP, *op. cit.*, pp. 46-47, acerca de las reformas acaecidas desde el reinado de Galieno hasta el de Constantino, argumentará: “*The creation of this central reserve lays bare the major weakness*

\*\*\*

El soldado romano del siglo IV se había convertido en una clase de luchador esencialmente diferente a aquél del Principado. Los necesarios cambios tácticos, y la enorme influencia proyectada por las partes periféricas del Imperio sobre Roma (especialmente la realizada desde 193 por África, Siria, Galia y sobre todo el Ilírico), habían formado una nueva concepción de las fuerzas romanas y casi de la guerra en sí. Las grandes unidades, poco acostumbradas a realizar tareas secundarias en el campo de batalla, siempre componiendo el centro de los ejércitos imperiales a la vez que eran acompañadas de otras formaciones secundarias, de caballería o infantería ligera, habían desaparecido casi en su totalidad. El resultado de todo ello fue la creación de un tipo de soldado nuevo, menos disciplinado, quizás, pero en cualquier caso más flexible; ya no funcionaba en grandes organigramas tácticos de 5.000 hombres, pero todavía podía servir en las batallas como infantería pesada, con cierta desenvoltura. No obstante, esa era ahora sólo una de sus facetas, pues normalmente también podía ser destinado a unidades de hostigamiento utilizando proyectiles o armas arrojadas, formar destacamentos destinados a protección personal o pequeños combates fronterizos y de retaguardia, y manejar con soltura (al menos supuestamente) cierto número de armas: los dardos<sup>872</sup>, la lanza, la jabalina<sup>873</sup>, y la espada<sup>874</sup>. La potencia y velocidad del antiguo legionario,

---

*of the Roman army in the fourth century: the state lacked sufficient numbers of men to defend every frontier adequately at all times”.*

<sup>872</sup> VEGECIO I 17.

<sup>873</sup> Parece que todos los grandes combates y batallas comenzaban con el lanzamiento de grandes boleas de arrojadas y proyectiles; Cf. AMIANO MARCELINO XVI 12, 29. La importancia capital que recibían estas armas se ve reflejada en VEGECIO I 13-14 y 16; II 23.

convertido en un adversario virtualmente imbatible con el adiestramiento adecuado, había desaparecido para dar paso a un soldado menos diestro en tales materias pero mostrando habilidades nuevas y realizando funciones variadas que dan prueba de su versatilidad, tales como patrulla, guardias palatinas o urbanas, hostigadores (con proyectiles o con artillería) o en incursión. La proliferación de tareas de carácter secundario las que tuvo que hacer frente el soldado de infantería del siglo IV ha sido asociada a menudo a su papel en los grandes ejércitos, donde normalmente no iban a resultar ya la punta de ataque ni el elemento decisivo, que había recaído en la caballería de campaña desde Constantino<sup>875</sup>. Pero de cualquier modo, en nuestro caso, en la Galia, y quizá dada la crónica escasez de caballería en Occidente, la infantería continuó ejerciendo su anterior protagonismo y se convirtió quizás en la mejor de ambas partes del Imperio: las unidades de *auxilia palatina* de Juliano estaba formadas por 500 soldados altamente cualificados, donde se podía encontrar, seguramente, tanto a germanos como a galos<sup>876</sup>, que interactuaban con otras unidades de su misma condición, quizás para formar cuerpos tácticos superiores en número<sup>877</sup>. Se ha podido observar que la disciplina en la infantería gala no había sido olvidada<sup>878</sup>; mientras ingentes grupos de germanos pudieron ser instruidos, las fuerzas de infantería continuaron peleando esencialmente al modo romano<sup>879</sup>.

---

<sup>874</sup> Cf. VEGECIO I 12. La esgrima seguía siendo requisito imprescindible para cualquier soldado romano, aunque el tradicional y clásico *gladius* se fue adaptando poco a poco a los usos bárbaros convirtiéndose en una espada alargada de estilo franco conocida como *spatha*.

<sup>875</sup> Cf. A. FERRILL, *op. cit.*, p. 46; T. COELLO, *op. cit.*, p. 16.

<sup>876</sup> ZÓSIMO III 8, 1. Ciertos contingentes de germanos fueron reclutados para rellenar las unidades romanas por la falta de personal o las bajas.

<sup>877</sup> El hecho de que muchas unidades sean mencionadas siempre juntas (tales como los *Ioviani* y *Herculiani*, los *Celtas* y *Petulantes*, ha llevado a considerar a S. MACDOWALL, *Late Roman Infantryman (236-565)*. London 1994 p. 24, que en caso necesario podían fundirse en una sola para formar cuerpos superiores de 1.500-2.000 hombres.

<sup>878</sup> Cf. el alegato de AMIANO MARCELINO en XVI 12, 47.

<sup>879</sup> M. WHITBY, *Rome at War AD 293-696*, Oxford 2002 p. 25, considera que fue la organización y la logística, sin embargo, los factores que dieron a Roma su gran superioridad, y no tanto la disciplina.

Hoy se considera que, salvo cuando el soldado se encontraba en primera línea -batalla campal-, no llevaba ningún tipo de protección o armadura de metal o cuero, fuese legionario o auxiliar. Otras veces era estrictamente necesario que fuese así, por ejemplo cuando una unidad de *auxilia* tenía que marchar rápido y de forma ligera, por una orden del emperador o para reforzar algún punto apurado del frente. Del mismo modo, algunas misiones requerían que los soldados marchasen sin armadura, cuando el secreto y el silencio eran imprescindibles. El soldado tardío estaba habituado a ejercer de lo que hoy llamaríamos “comando”, muy contrariamente al legionario del siglo II<sup>880</sup>. Sin lugar a dudas, factor decisivo respecto a este particular fue la inclusión en números cada vez mayores de reclutas de origen germánico, bien individualmente o bien mediante pactos que asimilaban a las fuerzas ya existentes agrupaciones tribales completas; como se ha mencionado, fruto de tales remodelaciones, muy especialmente por obra de Constantino y de Magnencio, encontramos gran cantidad de “especialistas”, sabotadores, montaraces y exploradores de todo tipo que comenzaron a proliferar en los ejércitos romanos del Oeste.

En cuanto al soldado fronterizo<sup>881</sup>, al que durante bastante tiempo se le ha privado de todo valor militar y reducido a una *milicia de campesinos*<sup>882</sup>, cabe decir que, aunque a menudo se vio obligado a ejercer otras ocupaciones como la labranza de la tierra, las manufactura, la

---

<sup>880</sup> Ya hemos mencionado anteriormente como Juliano realizó misiones de este estilo en las zonas ribereñas del Rin, utilizando sus tropas selectas para ataques por sorpresa o golpes de mano. Cf. AMIANO MARCELINO XVII 1, 4; XVIII 2, 12.

<sup>881</sup> B. ISAAC, “The meaning of The Terms *Limes* and *Limitanei*”. *Journal of Roman Studies* 78 (1988), pp. 125-147.

<sup>882</sup> Tal fue la expresión exacta utilizada por G. OSTROGORSKY, *Historia del Estado Bizantino*. Madrid 1984, p. 57. No obstante, la situación pudo ser completamente distinta: “*Meanwhile the government permitted troops to acquire land with which to support themselves; but this did not mean that soldiers turned into farmers – rather, they lived off the produce of their land as did medieval knights*”. Cf. D. NICOLLE & A. McBRIDE, *Romano-Byzantine Armies. 4th – 9th Centuries*. Oxford 1992, p. 14. Es posible que incluso los propios *limitanei* del siglo V viviesen de una manera más parecida a ésta.

artesanía o la pesca para sobrevivir<sup>883</sup>, de ningún modo se había convertido en un cuerpo sin valor táctico<sup>884</sup>. Del mismo modo, debe señalarse que este tipo de tropas no desapareció ni siquiera con las grandes invasiones del año 406; no abandonaron sus puestos masivamente, ni tampoco se disolvieron. Algunas veces, sorprendidos por la marea germánica, se vieron sumergidos por ella, y donde grandes contingentes de guerreros armados hicieron su aparición de forma claramente inesperada, las tropas fronterizas hallaron su fin, imposibilitadas de pedir auxilio o resistir en tales condiciones. Donde grandes áreas fueron arrasadas y conquistadas, desapareciendo así el *limes*, también los *limitanei* se extinguieron; recordemos que en algunos casos su potencial numérico había sido tan debilitado por los drenajes de tropas que ciertas unidades simplemente dejaron de ser operativas, transformándose en guardas rurales o puestos de vigilancia militares de muy escaso radio de acción, ya no más regimientos del ejército capaces de entrar en combate a gran escala. Pese a todo ello, donde las fronteras no sufrieron ataques bárbaros masivos, allí permanecieron<sup>885</sup>; tanto Juliano como Belisario llevaron en sus ejércitos más importantes unidades de *limitanei*.<sup>886</sup> Cuando numéricamente encontramos a la caballería reducida a una minoría selecta aunque significativa en los grandes ejércitos de campaña en los que estaba destinada a ser el arma letal, encontramos como los regimientos de caballería *limitanei* superan con mucho a los encuadrados en los *comitatenses*, y salvo en la función más específica de arqueros a caballo, destinados a ser la punta de lanza en una batalla campal, las unidades de

---

<sup>883</sup> M. WHITBY, *op. cit.*, p. 20.

<sup>884</sup> Una visión plenamente contraria en K. DIXON & P. SOUTHERN, *op. cit.*, p. 179.

<sup>885</sup> Cf. el famoso testimonio de EUGIPIO, *Vida de Severino* IV 20; todavía en el año 476 permanecían en sus posiciones los *limitanei* de algunos fuertes del Nórico, disolviéndose a la vez que desaparecía el Imperio Romano de Occidente. Para esta fuente, véase F. LOTTER, *Severinus von Noricum, legende und historische wirklichkeit*. Stuttgart 1976, en *Monographien zur Geschichte des Mittelalters* 12; este autor resta toda validez a la obra como fuente para la vida de Severino y para la historia tardía del Nórico. No obstante, a nosotros tan sólo nos interesa la información militar proporcionada en ella.

<sup>886</sup> Cf. T. COELLO, *op. cit.*, p. 64. De acuerdo en este punto se manifiestan también K. DIXON & P. SOUTHERN, *op. cit.*, pp. 37 y 57.

frontera montadas son mucho más abundantes, reflejando así su carácter profesional y la necesidad de patrullar y controlar grandes zonas ribereñas cerca del Rin y del Danubio<sup>887</sup>. La abundancia de legiones palatinas en el ejército *comitatense* y la relativa escasez de caballería es debida principalmente a que, cuando se han de recorrer grandes distancias, las unidades montadas podían cubrirlas más rápido, pero al mismo tiempo con el gravoso pago de arribar en exceso agotadas, no siendo aptas para pelear, mientras que la infantería, de ritmo más lento, llegaba con más fuerza incluso después de prolongados espacios de tiempo desplazándose por las vías romanas<sup>888</sup>.

---

<sup>887</sup> M. WHITBY, *op. cit.*, p. 21.

<sup>888</sup> Quizás de ahí la costumbre medieval de pelear desmontados, una vez que los caballeros habían llegado al campo de batalla; la rapidez de la marcha y el peso agobiante de las armaduras serían motivos suficientes para que las monturas quedasen agotadas e imposibilitadas de tomar parte en la pugna, funcionando así prácticamente como medio de transporte rápido para llevar a los guerreros al lugar del combate. Algo así como las unidades de “dragones” de los siglos XVIII y XIX. Cf. el relato de las batallas de los señores de la guerra normandos entre 1106 y 1141 en B. S. BACHRACH, *A History of the Alans in the West*. Minneapolis 1973, pp. 89-90. La misma disposición combativa se mantuvo en los hombres de armas ingleses hasta el siglo XV.